

Autorretrato del escritor adolescente

José Miguel Oviedo



Jeremías Gamboa

No me cabe la menor duda de que *Contarlo todo* del peruano Jeremías Gamboa es una de las obras de mayor originalidad que han aparecido en las últimas décadas, mérito que se acrecienta por el hecho de que es la primera de su autor. Uno de sus aspectos más notables es la madurez intelectual que revela, pese a que la gran cuestión que plantea es la incertidumbre sobre cómo iniciar su proyecto y menos cómo culminarlo. Es un drama que lo atormenta día y noche y que transmite al lector con una enorme intensidad. Los obstáculos no son solo literarios sino los derivados de sus muy humildes orígenes, su extrema pobreza y sus dificultades para acceder al mundo de la cultura. Gamboa los revela con una actitud estoica, lo que vuelve más auténticos todos esos datos.

El autor nació en Lima en 1975, hijo de padres quechuahablantes que aparecen enmascarados en la dedicatoria como los tíos Emilio y Laura y que se volverán personajes ficticios en su novela. En verdad, el narrador nos tiende una sutil trampa

para que el juego imaginario comience aun antes de que el relato se abra; tras la portada hay una frase que dice: “El día de contarlo todo” que firma Gabriel Lisboa, o sea, no el autor sino su personaje. Aunque se crió en el humilde barrio de Santa Anita y el ficticio tío Emilio trabaja de mozo en un restaurante, el protagonista le expresa su gratitud por los libros de su pequeña biblioteca, donde él descubrió la literatura y por el hecho de que gracias a su ayuda consigue su primer trabajo —no remunerado— en la redacción de una revista de actualidades. En esa y otras publicaciones Gabriel hace su aprendizaje periodístico con cierto grado de éxito, pero es evidente que para él todo no es sino un modo de descubrir los mecanismos básicos del lenguaje escrito que pueden ayudarlo a cumplir sus sueños literarios, a los que nunca renuncia.

Los ambientes periodísticos limeños y sus personajes están retratados con bastante fidelidad, simpatía y humor. Conocía varios de ellos pues yo también colaboré, aunque en otras épocas, en esas mismas re-

dacciones y recuerdo algo de esos medios reales que se esconden tras los membretes ficticios de *Proceso* y *La Industria*. Hay una afinidad —no por semejanza, sino por contraste— con el ambiente de *La Crónica* que presenta Vargas Llosa en *Conversación en La Catedral*, donde un compañero de Zavalita en la redacción compara la actividad periodística con las “arenas movedizas”, que asfixian la vocación literaria. Gabriel no confunde nunca periodismo con literatura, pero le cuesta un trabajo enorme saltar de uno a otra. Ese es el gran drama que lo consume y que constituye el núcleo de la novela. Con penoso esfuerzo intenta escribir cuentos —algunos de esos textos figuran en *Punto de fuga* (Lima, 2007)— pero el primero en darse cuenta de su fracaso es él: no se reconoce casi para nada en ellos y sabe que, aun sin esperanzas, tiene que seguir insistiendo en su búsqueda.

Luchando contra toda clase de obstáculos, superando las estrecheces en que vive (en su pobre habitación de Santa Anita no tiene siquiera agua caliente para bañarse), Gabriel ingresa, gracias a una beca, a la Universidad de Lima, donde casi todos los estudiantes parecen más prósperos que él. Allí encuentra a Santiago Montero, el primero de un grupo de amigos (los otros son Jorge Ramírez Zavala y Bruno Lorente), grupo con el que comparte sus primeras aventuras literarias y largas jornadas de cigarrillos, alcohol y charla. Es Bruno quien se convierte en uno de los personajes más divertidos del relato, el que bautizará al grupo con el nombre de “Conciliábulo” y que funcionará como una especie de hogar intelectual de Gabriel, pues allí restaña sus heridas, fracasos y angustias. Por supuesto, lo sexual y, ocasionalmente, la droga forman parte del juvenil aprendizaje del

protagonista, que va tanteando esos terrenos y que lo lleva de una demorada adolescencia al borde mismo de los 30 años. Tras un par de relaciones sentimentales que no duran mucho, la verdadera revelación erótica ocurre con Fernanda, una muchacha a quien conoce en la universidad y que pertenece a una acomodada familia miraflorentina. Esto último ocupa un gran espacio dentro de la Parte Cuatro, pero no es lo único que contribuye a que todo lo anterior, siendo muy interesante, alcance ahora un ritmo frenético, cambios profundos y una alta densidad dramática. Incluso, el relato da un salto de la narración en primera persona a la tercera y luego se produce una alternancia entre ambas. También hay un uso ocasional del monólogo interior y hasta del diálogo interior. Hay un momento epifánico que tiene lugar no en Lima, sino en Ayacucho, lugar donde ocurrieron los más trágicos acontecimientos desatados por el sanguinario grupo Sendero Luminoso en la década de los noventa, a los que la novela solo hace antes y aquí muy contadas referencias. En esta ciudad, Gabriel tiene un

casual encuentro con una muchacha de la que apenas sabe algo más que su primer nombre; la escena en que Gabriel descubre que Eliana es virgen y ella no lo detiene es de una gran maestría. Al dejarla, sabiendo que no volverá a verla más, trata de poner en orden sus ideas tras esa conmoción, repasa las páginas de la novela de José María Arguedas que trajo consigo (no nos dice su título pero todo indica que se trata de *Los ríos profundos*) y súbitamente tiene una iluminación: “en ese momento sentí yo, Gabriel, sentí que todo eso era como un rayo de comprensión que descendía directamente sobre mi cabeza y me decía que esa voz en verdad no era [...] sino *mía*, y que había estado oculta dentro de mi cuerpo, agazapada, durante quince años esperando encontrar el único resquicio posible para salir y ser revelada” (p. 493). Así acaba su largo y torturante *writer's block*, cuyo fruto resultante, por supuesto, es la novela que tenemos entre manos.

Se trata pues de una especie de autobiografía intelectual, del autorretrato de un joven escritor que va desde una especie de

tardía adolescencia hasta el borde mismo de sus 30 años. Dos virtudes muy distintas destacan en esta obra. Una es moral y tiene que ver con la tenacidad indeclinable con la que, pese a innumerables dudas, fracasos y retrocesos, el autor y su personaje persisten en mantener viva su vocación literaria pese a que mil veces parece muerta. La otra es estrictamente literaria y consiste en su habilidad en hacer cada vez más interesante todo lo que nos cuenta pues adopta un tono siempre natural, creíble, nada aparatoso y con la permanente impronta de la sinceridad: invente, recuerde o retrate la realidad su tono tiene el mismo encanto cautivador. Cabe señalar, sin embargo, que el relato no está exento de fallas expresivas o accidentes verbales que debieron de someterse a revisión. Por ejemplo, “ese sábado de fin de semana” (p. 367) o el anglicismo “tener sexo”, que ahora se escucha por todas partes. **U**

Jeremías Gamboa, *Contarlo todo*, Random House Mondadori, Barcelona, 2013, 507 pp.

